

«nuciosos detalles que absorberian todo su tiempo, impidiéndole
«ocuparse en las cosas mas importantes, y sobre todo no le permiti-
«rían estudiar el Instituto y adquirir de él un profundo conoci-
«miento, sin el cual seria siempre un superior imperfecto, y por lo
«tanto indigno de mandar á sus iguales y dirigirles hácia la perfec-
«cion, á la cual, como ellos, debe aspirar. Un superior de la Com-
«pañía debe estar siempre pronto á escuchar á sus inferiores, aun-
«que sea á los mas humildes de ellos, con paciencia, dulzura, bon-
«dad y benignidad, sin que deba jamás demostrar que se le inco-
«moda ó importuna: todas las faltas de un superior son sumamente
«peligrosas; por lo tanto es necesario que sean todas sus acciones
«precedidas de un detenido exámen. Es muy útil que sea temido de
«sus súbditos, pero es mucho mas útil aun el que se haga amar de
«todos ellos, lo que le será fácil obtener si vive con ellos como un
«padre con sus hijos, si sabe descansarles cuando tienen dema-
«siado trabajo, si les consuela en sus penas, si anima su valor de-
«caído en las circunstancias difíciles, si les cuida en sus enfermeda-
«des, y nada ómite para el restablecimiento de su salud; debe asi-
«mismo evitar en lo posible sus indisposiciones por medio de un ali-
«mento sano y abundante, y una habitacion cómoda y ventilada;
«acceder á sus peticiones cuando son justas, y aunque no lo sean
«no debe rechazarlas bruscamente, sino hacerles conocer con dul-
«zura la injusticia ó irregularidad de su peticion; debiendo procu-
«rar sobre todo no dejarles jamás salir de su presencia descontentos
«ó abatidos.

«Del mismo modo debe obrar con respecto á nuestros discípulos,
«los cuales deben hallar siempre en nosotros los padres mas cariño-
«sos; procurando amarles verdaderamente y probándoselo de conti-
«nuo podrá de este modo granjearse su afeccion y obtener su con-
«fianza. Por este medio se les formará y dirigirá con mucha mas se-
«guridad y éxito, que por medio de penitencias que seria preciso
«repetir cada dia, ó por denigrantes castigos, cuyo efecto es por lo
«comun embrutecer y exasperar mas el carácter que se pretende ven-
«cer. Si alguna vez son necesarios semejantes castigos y no producen
«el efecto esperado, no deberán repetirse, sino por el contrario des-
«pedir y enviar de nuevo á sus padres al jóven á quien no habrán
«logrado corregir.»

No era nuevo este lenguaje en boca de los Jesuitas: el amor que
los subordinados y los discípulos del Instituto han profesado siempre

á sus maestros es la prueba mas evidente de ello; pero sin embar-
go comprendia Simpson la necesidad de avivar aquel espíritu de los
antiguos tiempos, y por esto no cesó nunca de repetir semejantes
consejos. En 1.º de julio de 1818, escribió á los Padres del peque-
ño seminario de Burdeos la carta siguiente: «La piedad que debeis
«inspirar á vuestros discípulos ha de ser una piedad sólida, funda-
«da en principios seguros é inmutables, y de la que no tengais de
«ruborizaros nunca: debe esta piedad estar libre de observancias
«minuciosas, capaces de provocar la zumba entre aquellos con quie-
«nes deberán vivir un dia los discípulos fuera del colegio. Debe por-
«lo tanto procurarse no solo que no oigan ni lean los alumnos cosa
«alguna que pueda exaltar su imaginacion, sino tambien que por
«vuestros cuidados vengan á ser verdaderos y sólidos cristianos; de
«este modo podrán resistir fácilmente todos los ataques á que per-
«mitirá Dios se vean expuestos algun dia.»

Aconsejaba el mismo Simpson en 27 de julio de 1819 al P. To-
más, jefe de los misioneros de Laval, que mostrara para con el clero
de Mans una extrema deferencia: «Tengamos presente, le decia,
«que somos tan solo los auxiliares de los sacerdotes seculares, que
«profesamos como religiosos un estado humilde y pobre, que de-
«bemos considerar á los demás como nuestros superiores, y que san-
«tísimo Ignacia dió por título distintivo á nuestra Sociedad, el de pequeña
«Sociedad de Jesús.»

Hé aquí los verdaderos *Monita secreta* que despues de tantos años
hemos podido descubrir en los archivos del Instituto. No fue ni para
el público ni para una circunstancia determinada el que se dictaran
estos consejos; sino porque ponen de manifiesto el pensamiento del
fundador, y con él, el verdadero espíritu de las Constituciones y
del *Ratio studiorum*; porque nos describen á los Jesuitas tales como
han querido ser en el secreto de su correspondencia, y tales como
fueron siempre. No es solamente el Provincial de 1818 el que traza
estas reglas tan elocuentes por la sabiduría que encierran, sino que
tambien el P. Richardot, sucesor de Simpson, vemos encargaba lo
propio con la siguiente carta escrita en 8 de mayo de 1822: «Cuan-
«do nuestros misioneros traten con personas que no pertenezcan á
«la Sociedad, deben guardarse muy bien de hablar con calor sobre
«lo concerniente á la política, y sobre todo de atacar en sus conver-
«saciones ó discursos á los enemigos de la Religion y del Rey, á quie-
«nes se da el nombre de *liberales*, por no convenir á los ángeles de

«paz, tales como debemos ser nosotros, usar palabras irritantes ó «amargas. Solo debemos procurar exponer lisa y llanamente la verdad, é invocar sobre todo la proteccion del cielo para que nos aliene y proteja en la mision que nos está confiada de conducir de nuevo á la senda de la justicia á los que se separaron de ella.» Despues de ocho años, y en el momento en que los Jesuitas fueron acusados de haber empuñado orgullosamente las riendas de todos los Estados católicos y hasta el timon de la Iglesia, cuando se proclamaba que mandaban imperiosamente en el Vaticano, en las Tullerías, en el Escorial y en todas partes, dirigia el P. Roothaan, general de la Orden, á sus hermanos una encíclica: *De amore Societatis et Instituti nostri*. «La ostentacion, les decia en 7 de junio de 1830, «y el espíritu de vanidad están enteramente opuestos al espíritu de «nuestra Compañía, la cual debe tan solo consagrarse en procurar «á los demás el bien y la gloria de Dios, y no buscar de modo alguno la gloria humana, que cuando no es el fruto de generosas «acciones, viene á ser siempre vana y engañosa, y nos conduce finalmente al oprobio. Todo lo que hay, empero, de verdaderamente «grande en reputacion y honor, será siempre digno de nuestro Instituto, si segun el espíritu de nuestra vocacion nos esforzamos en «ser útiles á todos los hombres con el ejemplo de una virtud no vulgar, con una doctrina sólida, y por medio de los socorros espirituales que debemos procurarles segun lo prevenido por nuestras «Constituciones. Solo obrando así podrán adquirir nuestros hechos «alguna gloria, sin que deba alcanzarnos á nosotros ni un solo átomo de su vana sombra.» No satisfecho aun el P. Roothaan con esta apreciacion de los honores y del poder bajo el punto de vista religioso, procuraba por todos los medios posibles que fuesen sus saludables consejos puntualmente observados. En vano se pretendió, repitiéndose hasta el fastidio, que la humildad de los Jesuitas como individuos era real, pero que ambicionaban como corporacion la gloria y la influencia de su Compañía; puesto que todos los infundados cargos que contra la propia Compañía fueron dirigidos quedan sin ninguna fuerza y valor ante las irrecusables pruebas y sobre todo ante las ideas que desenvuelve el General en su encíclica cuyas ideas y verdadero espíritu son el norte y guia de todos los Jesuitas. «No ignoro, añade el General en la misma encíclica, cuán «falsa y denigrante es esa acusacion inventada y dirigida contra todos los miembros de la Orden por sus implacables enemigos, al

«único objeto de hacerla odiosa. Sin embargo, si uno solo de los «nuestros estuviese animado de ese espíritu de soberbia, podeis estar seguros de que seria mi afliccion profunda; y que no sin motivo «temeria que la falta de uno solo fuese funesta á la Corporacion entera. Reverendos Padres y Hermanos queridos en Jesucristo, esta «ambicion de la gloria humana que seria un oprobio para la Religion en particular, y un enorme crimen delante de Dios, ¿podria «nadie persuadirse de que buscándola en nombre del Instituto, se «legitimará y será agradable á los ojos de la Compañía? Si la Iglesia de Jesucristo está designada con el humilde nombre de pequeño rebaño, y debe, segun opinion del venerable Beda, sea cual «fuere el número de fieles, aumentar por medio de la humildad hasta la consumacion de los siglos, y alcanzar solo por la humildad el «reino de los cielos; ¿con cuánto mayor motivo no debe una congregacion religiosa, que es tan solo una pequeña parte de la Iglesia, estar obligada á conservar semejantes sentimientos, y en particular nuestro Instituto, al que llamaba ordinariamente el bienaventurado Padre san Ignacio la muy pequeña Compañía de Jesús?»

Quando en 1844 causaron los acontecimientos una nueva crisis, veamos lo que escribia en 14 de abril de aquel mismo año el P. Boulanger, provincial de París, á los superiores que tenia á sus órdenes: «Todos nuestros Padres, así predicadores como misioneros, procurarán evitar escrupulosamente en sus discursos todo lo que pueda tener «relacion con la política, evitando hasta la mas ligera alusion á ella. «Si alguno faltara en lo mas mínimo á este precepto, considerad, «mi reverendo Padre, como uno de vuestros mas importantes deberes el darme desde luego conocimiento de ello.»

Pendiente estaba todavia la cuestion de la libertad de enseñanza, á la que unian la cuestion de los Jesuitas, tanto la Universidad, como las dos Cámaras legislativas y la prensa. Hé aquí en qué términos se expresaba el Provincial sobre este punto: «Deberán abstenerse siempre nuestros Padres de hablar de la libertad de enseñanza, así en sus sermones ó conferencias, como en las alocuciones «que tendrán ocasion de dirigir á las reuniones de hombres ó mujeres.» Tal es la política de los Jesuitas puesta al alcance de todos; cuyo conjunto hemos logrado sorprender en medio de esa intimidad que todo hombre prudente se guardaria muy bien de dejar penetrar á otro hombre. Esas cartas explican y comentan los medios que de-

be emplear todo hijo de san Ignacio para iniciarse en la vida pública, y los cuidados del profesorado y del púlpito. Fortificante en la humildad como sacerdote, y sobre todo como jesuita; prohibenle la tentación de exponerse al martirio, y, por fin, le invitan á la perfección alejándole de los medios, á veces legítimos, que emplea el mundo para llegar al objeto de sus aspiraciones. Sin embargo, sin tener en consideración semejantes documentos, apestábanse cada día nuevos tiros contra los Jesuitas. Seguían puntualmente los consejos y órdenes de sus jefes, como lo demuestra el haberles hecho cargos sobre esta ciega obediencia hasta los enemigos más parciales de la Compañía, convirtiendo en crimen lo que era tan solo un relevante mérito. Con tales instrucciones por guía, ¿podían acaso separarse nunca de la verdadera senda? Como se desconocían estas instrucciones, se crearon los revolucionarios jesuitas de puro capricho y se les soñó ricos y omnipotentes, solo porque no habían logrado penetrar en el fondo de su vida; se supuso que iban á ser terribles, solo porque convenia á las ambiciosas miras de algunos echar mano de aquel fantasma. Supúsoseles complicados en todos los acontecimientos, porque como era necesaria la polémica cotidiana, debía precisamente inventarse un ardid ó ilusión cualquiera para atraer la credulidad, y fomentar en las masas un odio implacable hácia el sacerdote.

No tardó por desgracia este odio en encontrar pábulo. Veían los Obispos que era urgente en gran manera vivificar el espíritu de los pueblos, á los cuales al salir de los brazos del terror revolucionario se les hacia caer en los del ateísmo legal. Los diversos ministerios que se sucedieron rápidamente en el poder parecían después de 1815 haberse coligado contra la Iglesia y la monarquía: hacíase por lo tanto indispensable oponer un saludable dique á aquel desbordamiento de ideas; y para ello acudió el Episcopado á los Jesuitas. Pensó que ellos solos podrian por la prudente vivacidad de su celo y por la fuerza misma que recibían del centro de la asociación, resucitar las maravillas de los primitivos tiempos de la Compañía: formóse, pues, el proyecto de regenerar paulatinamente la Francia por medio de las misiones.

En 4 de agosto de 1806 decia Portalis en una comunicacion al emperador Napoleon lo siguiente: «Hace ya mucho tiempo que son las misiones conocidas en la Iglesia por los inmensos bienes que han producido.

«No tienen siempre los pastores locales ocasion de acreditarse en sus parroquias; pues consta por la comun experiencia, que, salvo raras excepciones, no pueden los pastores ordinarios refrenar los desórdenes que acontecen con harta frecuencia. Son esos pastores los mismos hombres de todos los dias y de todos los instantes; así es que se acostumbran sus feligreses á verles y á oírles, sin que al fin lleguen á hacerles ninguna impresion sus discursos ni sus consejos. Un extranjero que se presente y que por su situacion se halle desprendido en algun modo de todo interés humano y local, inducirá más fácilmente los espíritus y los corazones á la práctica de las virtudes. De ahí procede el uso de las misiones que tantos frutos produjeron en diferentes circunstancias en bien del Estado y de la Religión.» Á continuacion proponia Portalis al abate de Rauzan por Superior de las misiones, y el Emperador con su alta penetracion gubernamental se apresuraba á adherirse á cuanto acababa de proponerle su Ministro de Cultos. Tomó Napoleon á los misioneros bajo su amparo; les constituyó apóstoles de la familia cubriéndoles en un todo con su poderosa proteccion. Imagináronse los Obispos que los nietos de san Luis no podían negarse á seguir las huellas cristianas de un hijo de la Revolucion; y hé aquí por qué se decidieron á oponer el benéfico influjo de las misiones al torrente devastador de las ideas anticatólicas que amenazaba inundarlo todo. Pidióse, pues, á los Jesuitas que sacrificaran su reposo y su vida por el cumplimiento de esta obra tan santa y necesaria á la cual se dedicaban ya los misioneros de Francia junto con sus superiores, los abates de Rauzan, Forbin de Janson y Fayet. Exponíase sin defensa á los discípulos de san Ignacio á los burlescos furores de la incredulidad; se les comprometia á los ojos de aquella parte del pueblo que aceptaba entonces los diarios como regla de su fe y directores de la opinion: no obstante, los Jesuitas continuaron resueltamente su obra sin dejarse intimidar.

Aunque sabían que se verían abandonados por el Gobierno, y no ignoraban que el bien intentado por ellos seria reputado crimen; no por esto dejaron de asumirse denodadamente toda la responsabilidad que podia resultarles de su generosa accion. Desde entonces, ó sea desde principios de 1818, se les vió recorrer las ciudades, instruir y convencer desde el púlpito, plantar la cruz, llevar la paz en las conciencias, apelar al perdón de las injurias y á la reconciliacion, y unir á las familias que las discordias intestinas habían tenido por mucho

tiempo separadas. Esta obra, sobre todo en las circunstancias en que se empezaba, tenia algo de eminentemente útil, por poder dar felices resultados, á causa de no haber tenido el liberalismo tiempo suficiente para infiltrar en el corazon de las provincias su ignorancia egoista y sus infáustas prevenciones. No era, pues, sin fundamento que el liberalismo temia á esos adversarios que se apoderaban de las masas con la autoridad de la palabra y que las dominaban por la elocuencia, popularizando el arrepentimiento y la virtud: era esto una revolucion operada en provecho de las ideas de trabajo y mejoramiento de la vida social. La Iglesia reemplazaba el club; los cánticos piadosos sucedian á los cánticos deshonestos; la muchedumbre se apiñaba gozosa en los templos y acogia con benevolencia aquel regreso hácia el Cristianismo. Desnaturalizóse aquel principio que producía tan maravillosos frutos; porque importaba á los revolucionarios y herejes oponer la fuerza brutal á aquellas demostraciones pacíficas, por ser el único medio que les quedaba para contener tan rápidos progresos; en Brest fue donde se intentó la primera resistencia. Hé aquí lo que sobre ella anunciaba el *Correo francés*, correspondiente al 21 de octubre de 1819: «La misión que debía tener «lugar en Brest ha abortado; sus habitantes prefieren las inducciones morales á las inducciones jesuíticas.» Á fin de exaltar los ánimos, decíase que el cura de la poblacion no habia querido recibir á los hijos de Loyola. Profirieronse amenazas, y no se omitió plan alguno para hacer fracasar la misión que tantos frutos debía reportar á los habitantes de Brest. Desmintió el párroco la falta que se le atribuía; pero la maledicencia ya encontró entonces medio para suponer que el Obispo de Quimper era enemigo de los Jesuitas; si bien esta suposicion resultó tan falsa como la primera, por haber el mismo Prelado bendecido los primeros trabajos y dispuesto en 24 de octubre que se abrieran las iglesias de San Luis y de Nuestra Señora del Socorro, teniendo aquel mismo dia los Jesuitas el consuelo de ver la poblacion entera reunida en ambas iglesias. Aquella afluencia sedienta de la palabra divina obligó á los constitucionales á ponerse mas presto en campaña, y á explicar de qué modo entendian ellos su cacareada libertad. El Clero, que no quiso acceder á las exigencias del partido liberal, fue confundido en el anatema que fulminó este contra los Jesuitas; tambien la autoridad municipal fue desobedecida y ultrajada hasta el momento en que secundó el motin; solo entonces se vió colmada de alabanzas. Componíase aquel de una

turba de jóvenes ú hombres desconocidos por no ser del país, los cuales dictaban la ley, no porque su número no pudiese ser á cada instante contrareestado, sino porque sabian ya de antemano que no se les haria ninguna resistencia; así es que fueron, como siempre acostumbran ser los revolucionarios, fuertes contra la debilidad, atrevidos contra la indecision y la pusilanimidad; y por ello se lanzaron al palenque revolucionario convencidos de que no arrostraban el menor peligro. En 25 del propio mes escribia el Obispo de Quimper al subprefecto de Brest lo siguiente: «No deja de ser extraño que «bajo el gobierno del Rey, que dió la Carta para asegurar la libertad de cultos y que proclamó la religion católica religion del Estado, no pueda esta misma Religion disfrutar en Brest de la libertad concedida: solo reclamo la proteccion de la ley, pero de ningún modo su severidad. No es á mí por cierto á quien corresponde «indicar á las autoridades el medio de hacerla respetar.» El 27, ó sea dos dias despues, se dirigió tambien al *maire* ó corregidor, deplorando el mismo atentado. Continuaba en el entre tanto el motin recorriendo la ciudad y gritando: ¡Mueran los Jesuitas! ¡Abajo Jesucristo y la Religion! Los regidores y administradores civiles fueron los que alentaron estas manifestaciones que ya la prensa liberal habia predicho con antelacion, y que el Ministerio no supo reprimir. Los hombres honrados de todos los partidos se resignaron á desempeñar aquel papel indiferente ó pasivo, que solo contribuye á hacer mas audaces á los turbulentos; todos inclinaban la cabeza ante la insurreccion triunfante, limitándose á deplorar los resultados de ella sin que hubiera un solo hombre capaz de alzarse á combatirla. Esta culpable inercia le reveló su poder, y en nombre de una poblacion que sufría en silencio semejante tiranía, pronunció la revolucion que la Francia entera no queria á los misioneros, y que era por lo tanto preciso expulsarles de Brest: sus deseos fueron cumplidos, y los Jesuitas por consiguiente expulsados el dia 28 del propio mes de octubre. Con ello dió el liberalismo un gran paso; su victoria fue completa; solo le faltaba entonces dar á aquel primer acto toda la importancia posible, y eso fue lo que procuró hacer. Animados por aquel primer resultado los revolucionarios de Morlaix, recibieron á su paso á los Jesuitas con cantos obscenos entremezclados de gritos de: ¡Viva la Carta!

Segun el *Monitor*, nada podia justificar aquellos tumultos, á los cuales ni aun las mismas palabras de los misioneros podian servir de

pretexto; pero aquellos hipócritas lamentos solo ofrecian á los liberales la prueba de la impericia ó de secretas connivencias con el Gobierno. Este primer resultado enardeció su temeridad. Las poblaciones de Bourges, Nevers, Saint-Malo, Autun, Châlons-sur-Marne, Lisie-ux, Dôle, Châlons-sur-Saône, Seurre, Mende, Couloumiers, Craon, Seez, Alençon, Chinon, Beaugé, Laigle, Orléans, Amiens, Le Puy, Avranches, Niort, Le Mans, Avignon, Aix, Burdeos, Alby, Metz, Rennes, Cosne, La Charité, Issengeaux, Montauban, Clérac, Saumur, Besançon, Doué, Perigueux, Angers, Paimboeuf, Gaillac y Langres vinieron á ser sucesivamente el teatro do hicieron brillar los Jesuitas su ardiente celo. Entre los Padres que se dedicaban de aquel modo al cumplimiento de un deber tan grande, habia elocuentes oradores que sabian despertar á las masas y tenerlas sujetas al pié del altar. Notábanse entre ellos Antonio Thomas, antiguo doctor de la Sorbona, el cual habia sido por espacio de veinte años superior de Laval; Carlos Gloriot, cuya vasta ciencia y rica imaginacion le hacian perdonar las faltas de su estilo: desbordaba con tal impetuosidad la elocuencia de Gloriot, que subyugaba ó aterraba á sus oyentes. Junto á él brillaron tambien Calliat, mas dulce y mas florido; Luis Bouet, cuya palabra era irresistible; Luis Sellier, á quien la originalidad de su talento hacia pasar de lo sublime á lo trivial, y que mas admirable que imitable en su vida, sabia electrizar á los pueblos; Nicolás Petit, cuyo solo razonamiento ilustraba; Claudio Besnoin, de espíritu mordaz; Carlos Balandret, siempre sencillo é instructivo; José Barelle y Máximo de Bussy con su arte de bien decir arrastraban á la multitud por medio de su elocuencia y de su sentimiento; los dos Chanon, cuyas fuerzas aumentó su celo; Máximo de Causans, escritor y predicador en quien ejerció quizás la elocuencia demasiado imperio; Estéban Mollet, Clemente Boulanger, y Pedro Chaignon. Cada uno de estos misioneros tenia un sello particular y un talento aparte: el P. Claudio Guyon les eclipsó no obstante á todos con su poderoso genio. Dotado de todas las ventajas que constituyen el orador verdaderamente popular, era bello y apasionado, ardiente y sensible, haciendo sucesivamente estremecer y llorar; apiñábase con transporte la multitud al rededor de su púlpito y su confesonario, porque su palabra dominante provocaba el arrepentimiento en las almas.

Los frutos recogidos hasta allí por las misiones eran abundantes é incontestables; pero esto que debia servir de gloria á los Jesuitas,

solo les valió el que les fuese achacado como un crimen. En Vincennes evangelizó el P. Guyon las tropas que se hallaban de guarnicion en la fortaleza, hablándoles de Dios y de sus deberes con aquella energía que logra siempre convencer las almas. Otros jesuitas conducidos por el Arzobispo de París procuraban tambien en junio de 1824 hacer descender en Bicêtre los consuelos evangélicos sobre los enfermos, los ancianos, y los culpables á quienes expulsara la sociedad de su seno. De este modo despertaban los Jesuitas los sentimientos de fe, y derramaban por la Francia toda los gérmenes del Cristianismo que para siempre creia la Revolucion haber sofocado; habia poblaciones en las que durante la noche acudia una multitud numerosa delante las puertas de las iglesias, seguíanse continuamente los pasos de los misioneros, llorando y lamentándose la multitud á su partida, no obstante de haber maldecido, algunas veces, su llegada. Sin duda que en aquellas transiciones súbitas habia tanta exaltacion pasajera como remordimientos durables; olvidaban muchos los propósitos hechos al pié de la cruz, pero en el corazon de aquellas muchedumbres vencidas por el ascendiente de los misioneros sobrevivía al entusiasmo del fervor un principio de religion que el Clero secular pudo reconocer despues en diferentes ocasiones y en un sinnúmero de personas. El misionero sembraba por medio de calculadas exageraciones de elocuencia una preciosa semilla, que debia recoger mas tarde el pastor.

Los cuidados del apostolado y de la educacion, los trabajos literarios ó teológicos, á los cuales se entregaban los Jesuitas en el interior de sus casas, los ultrajes que de todas partes se dirigian contra ellos sin alcanzarles jamás; ultrajes sin embargo que solo servian para causar una imbecil estupefaccion á los espíritus fuertes de café, sin impedir á los Padres por ello estudiar la marcha de las ideas y dedicarse á secundar ó suspender su progreso, segun les parecían aquellas útiles ó peligrosas. Apenas acababa de verse restablecida la Compañía de Jesús, cuando ya vino á ser como en los primeros dias de su fundacion un centro en el que el sacerdote, el filósofo y el sábio acudian en busca de la luz, que los Jesuitas derramaban sobre unos á medida que ellos la recibian de los demás. Gustosos se asociaban al movimiento que la ciencia imprimia á todos los estudios, viéndose con este motivo empeñados con el abate de Lamennais en una de aquellas discusiones que es necesario juzgar detalladamente.